

erra y Libertad

10 cts.

Redacción y administración: Calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquete de 30 ejemplares 2'00 ptas.
Suscripción: España, un trimestre. 2'00 .
Extranjero 3'00 .

Y DERECHAS

quien confie, quien espere, quien quiera llevar ayuda, o adhesión o simpatía a los hombres mediores, pequeños, que pregonan por doquiera democracia?

En vano será que un día todos los hombres sean demócratas; no se habrá conseguido con ello ninguna elevada aspiración. Es preciso ir más allá. ¿Pues qué, la democracia es la última palabra de la libertad?

Alejaos, vosotros los que sentís nobles impulsos, los que vivís alentados por ideas altamente humanas y armónicas, los que cada día encontráis nuevas modalidades en el ideal de mañana, alejaos, repetimos, de este campo trillado en que nada es para el porvenir y todo se sacrifica al presente por unos, y por otros al pasado.

Las ideas anarquistas son como el viento: atraviesan los campos, oreándolos purificándolos, limpiando la atmósfera, limpiando el ambiente. Cuando el viento huye por una calle o por un camino, a un lado y al otro, los árboles o las casas, a izquierda y a derecha, se quedan atrás en dos hileras inmóviles. A los lados de la calle o del camino, queda lo que es de ayer, lo que se hace hoy; el viento pasa...

Igual con los partidos; a ambos lados, al margen de derechas y de izquierdas, sigamos nuestra ruta, como el aire, oreando, purificando, sin confundirnos con ninguno de ellos.

Nos ahogaría ese ambiente de muerte, de mediocridad, de nulidad, de negación, si un momento tratáramos de escuchar, de razonar la probable conveniencia de aunar esfuerzos para ningún fin.

Somos enemigos irreconciliables de la reacción, pero esto no quiere decir que deba confundirnos con la democracia, de la cual nos separan enormes diferencias de ideas, de filosofía, de moral; no puede en modo alguno ser nuestra moral, la moral de la democracia.

¡Izquierdas y derechas! Bajo distintos nombres se desfigura la verdad.

En tanto que uno y otro concepto no expresen más que una diferencia en la finalidad política, a nosotros nos dirá bien poco, debe decirnos bien poco.

Hay una realidad que se impone. Llámese reaccionario o demócrata el Gobierno de un país, siempre habrá gentes que no coman; hombres aptos para obras grandes que no podrán realizar; criaturas inocentes condenadas a sufrir de por vida los rigores de inmerecidas desgracias; tormentos morales; cerebros que gestarán pensamientos contrarios a lo estatuido; y si ha de existir todo esto, inútil es, pues, el esfuerzo encaminado a entronizar un mandatario.

Váyanse en mal hora los que nos ofrecen la libertad cuando triunfe su democracia. No es esa nuestra libertad. Ha estudiado muy poco el discursador que así interpreta la idea de libertad por nosotros sustentada. En balde serán sus pláticas un tanto insulsas.

Si consigue que alguien le escuche, no será seguramente entre los hombres que tienen formada una cultura y una idea propia de libertad.

Porque no es admisible que un ácrata, que una colectividad que se precie de revolucionaria, ponga sus anhelos, sus energías, sus fuerzas todas al servicio de quien ofrece para después de su triunfo, una libertad dudosa, que, aun siendo efectiva, real, no sería en modo alguno la libertad, lo que en verdad puede llamarse libertad.

Lerroux se ha equivocado una vez más, ofreciendo al pueblo lo que él no tiene, ni sabe, ni puede darle; porque la libertad no es una cosa que se da.

Es muy pobre ese concepto de la libertad que tienen los demócratas.

Tan pequeño como todas las ideas políticas. La política es una pasión secundaria, propia de hombres insignificantes; los hombres íntegros, estudiosos, se alejan siempre de ese campo que nada produce, que ninguna semilla ha de dejar para el futuro.

¡Izquierdas y derechas! Conviene hacer constar siempre que no debe confundirse con esas pequeñas gentes que se debaten en los partidos políticos.

Confundir a los socialistas-anarquistas con cualquier partido político, es desconocer en absoluto las ideas, las modalidades, las finalidades que alientan y persiguen.

Al margen de todos, abren su camino, siguen su ruta, los anarquistas.

Día llegará en que la Humanidad entera, convencida de sus errores pasados, emprenderá también este camino; es el único que conduce a la libertad.

EL HEROE

Un hombre mata a otro para robar, se le detiene, se le aprisiona, se le conduce a muerte ignominiosamente, maldito por la multitud, cortada la cabeza sobre el odio cadalso.

Un pueblo hace una: carnicería en otro para arrebatarse sus campos, sus casas, sus riquezas, sus costumbres... Se le aclama; las ciudades se engalanan para recibir a los que vienen cubiertos de sangre y de despojos; los poetas les cantan en versos embriagadores; los músicos los festejan; hombres con banderas y charangas, doncellas con ramos de flores los acompañan como si acabasen de cumplir la obra de la vida y la obra del amor...

A los que más muertes han hecho, a los que más han robado, se les da títulos rimbombantes, honores gloriosos que deben perpetuar sus nombres a través de los tiempos.

Se dice al presente para el porvenir: «Tú honrarás a este héroe, pues él solo ha hecho más cadáveres que mil asesinos...»

Y, en tanto que el cuerpo del obscuro matador se pudre en sepultura infame, después de decapitado, la imagen del que ha matado treinta hombres se yergue, venerada, en medio de las plazas públicas; o bien reposa al abrigo de las catedrales, tumbas de mármol bendito, que guardan los santos y los ángeles. Todo lo que le ha pertenecido llega a ser reliquias sagradas, y van las gentes en peregrinación a los Museos para admirar su espada, su cota de malla y el penacho de su casco.

OCTAVIO MIRBEAU

El Arte y la Idea

La expresión «el arte por el arte», tantas veces repetida y debatida, téngola por una mera fórmula verbal, imposible de ser condensada en realidades, y conservada todavía por falta de amplitud analítica y por sobra de acatamiento a la tradición, casi siempre rutinaria.

Cultivar el arte, cualquier arte, con prescindencia completa y deliberada de toda idea, podrá ser un propósito, pero no será nunca un hecho. Se quiera o no se quiera, en toda obra de arte latirá siempre una idea, más o menos rudimentaria, más o menos grande, más o menos bella, más o menos amorosa, más o menos preclara, pero idea innegable, imprescindible, fundamentalmente necesaria. La idea es el inicio protoplásmico esencial de la producción artística; todo lo demás viene después.

Para que las creaciones de arte careciesen por entero de ideas, sería indispensable que los artistas fuesen acéfalos. Mientras que los artistas tengan cabeza, se verán precisados a idear de modo ineluctable, aunque con mayor o menor acrisolamiento, para poder producir. No hay ningún trabajo humano, por sencillo que sea, en cuya génesis y gestación no haya interoperado una porción de idealidad, ya parva, ya cuantiosa.

El cerebro es la substancia; todo lo demás son detalles accidentales. Las sensaciones y los sentimientos consiguen efectividad, solamente y precisamente porque las unas y los otros son transmitidos al cerebro por los nervios respectivos. En el momento determinado en que llegan al cerebro, es cuando alcanzan realización; si no llegaran, no existirían. Así, pues, sentimos porque pensamos. En definitiva escrutación, nos es posible decir que tanto los pensares como los sentires se consuman en el crisol cerebral. Un ser humano, carente de masa encefálica, por más que completo en todo lo restante, resultaría impensante a la vez que insensible; en suma, no sería tal ser humano.

Por todo lo razonado, el arte no es, no puede ser exclusivamente una funcionalidad de puro sentimiento, sino sentimental e idealista, de manera conjunta y compenetrada. Entre la idea y el sentimiento no existe ninguna línea divisoria. Cuando los sentidos sienten, lo hacen porque la mente piensa. Cuando la mente piensa, su pensamiento se difunde por los sentidos

en forma de sensación. Si se piensa en los comestibles, las glándulas de la boca segregan mayor cantidad de saliva que de ordinario. Si se piensa en ciertos perfumes, aunque se hallen lejos, el olfato los siente con bastante intensidad, cual si los tuviese cerca. Cuanto más enérgico sea el pensamiento, más fuerte será la sensación. Y el propio fenómeno se verifica en los demás sentidos, siempre que funciona el cerebro, acerca de lo que atañe a cada uno de los mismos. Los sentidos son los centinelas avanzados del cerebro; el cerebro es el término, el núcleo receptivo, el alambique de los sentidos.

En consecuencia, un arte desprovisto de ideas es un absurdo, que no puede realizarse y que además concluye por ser en extremo contraproducente. Huyendo tercamente de las ideas, la producción artística es corta y es mala. Porque la cantidad y la calidad de todo trabajo de arte guardan relación íntima con la sinceridad, con la fluidez de las propensiones nativas. El temperamento debe fortalecerse y educarse, pero no violentarse. Pulir a los seres, sin cambiarlos de naturaleza, es multiplicar sus valores; desarticular a los seres, desnaturalizarlos, es quitarles su valor medular. El pretendido artista que trata de proscribir las ideas, como elemento inferior, únicamente logra retorcer y amenguar sus inclinaciones espontáneas, desviar sus aptitudes, llenar de obstáculos su camino, entorpecer su labor, desconcertar su personalidad. La Belleza no es una modalidad unilateral, dependiente nada más que de la forma; es una manifestación de fondo y de forma, siempre plurimodal, siempre multilateral, siempre proteica. La forma es el medio expositivo, deducido de una idea madre, generatriz y constitutiva, de la cual no es posible hacer omisión total, a pesar y por encima de todos los esfuerzos que se malgastan en tan loca obstinación.

El fondo y la forma son inseparables, van siempre intercopulados, se integran recíprocamente. Aspirar a separarlos es desvirtuarlos, es caer en un error de influencia extraordinaria, es perder el tiempo, es malbaratar las facultades, es debilitarse con la impotencia, es desmoronarse aplastados por la infecundidad, es suicidarse para la estética.

La Belleza, si no es a la par Bondad y Verdad y Libertad, no es la Belleza; queda reducida pobremente a una belleza muy débil, incompleta y fugaz. ¿Cómo podrán ser bellas la maldad, la mentira y la esclavitud, por mucho que se las adorne, por más himnos que les sean dedicados?

La Belleza es un sol eterno. Al despojarle de las ideas, se le despoja también de la luz y del calor, dejándole convertido en una figura escueta, en un caparazón inane. Nada ilumina, caliente y empuja como una idea. El arte completo y perdurable ha de ser, ante todo, vida; pero vida vivísima y múltiple, sanguínea y carnal, recia y libre. Y esa vida, única verdadera, ¿cómo podría florecer y granar, sin la nutrición de las ideas?

Los retocadores, los relamidos, los idólatras de la forma, que desdeñan las ideas y se las dan de refinados, no son artistas; desquiciando y exagerando los rasgos envolventes, los signos externos del arte, abominan de la jugosidad interior, y acaban por trocarse en fabricantes de artificios. En toda faena estética importa mucho cuidar de la forma, pero sin descuidar el fondo. Una y otro han de maridarse con sabio equilibrio.

Por el afán injustificado e imoderado de sustraerse a las ideas, en el orden artístico, se abortan tantos engendros fríos, zonzos, raquíuticos e inconsistentes, o epilépticos, febriles, descoyuntados y lúgubres.

Todas las creaciones de los genios son fecundas en ideas, aun en el caso de que no se lo propongan ni lleguen a percibirlo ellos mismos. Lo quiera o no lo quiera, lo sepa o no lo sepa, el artista más genial derrama en sus labores más y mejores ideas.

El artista que se obceca en eliminar las ideas es como el sediento que se asustase del agua, como el carpintero que tuviera empeño en construir muebles sin madera, como el arcedo que detestase de las mantas.

Más que una idea, todo buen artista debe tener y ha tenido siempre un ideal, es decir, un haz armónico de ideas hermosas, magníficas, fraternas, progresivas, liberatrices.

Un ideal de suprema belleza y de vida sana, intensa, serena y alegre levantó el Partenón y esculpió la Venus de Milo. Un ideal de libertad impulsó a Espartaco, a los Comuneros de Castilla, a Dantón y Robespierre y a los comunistas parisienses, a Bolívar y San Martín y Maqueo. Un ideal de religiosidad ingenua y fervorosa edificó los grandiosos poemas pétreos, llamados catedrales, que descuelan en las viejas ciudades de Europa. Un ideal de ciencia generó la máquina de vapor, la imprenta, la dinamo, el pararrayos, el telégrafo, el teléfono, el aerostato, el fonógrafo, el cinematógrafo, el aeroplano. Un ideal de amor divino y de inacabable

deleite celestial alentó a Francisco de Asís, a Teresa de Jesús, a Juana de la Cruz, a Kempis. Un ideal de amor humano, de liberación plena y de felicidad para todos determinó los actos y movió las plumas de Bakounine, de Luisa Michel, de Reclus, de Tolstoy, de Salvochea, de Teobaldo Nieva, de Gori, de Anselmo Lorenzo, de Malatesta, de Kropotkine. Un ideal de ideales, el Ideal imperescible, movilizador perpetuo de la Humanidad, fulgura en «Don Quijote de la Mancha», el libro más perfecto que hasta la fecha se ha escrito.

Acaso se me diga que el arte afecta más bien a la sensibilidad; pero la sensibilidad depende del cerebro y en él se complementa. Refinando la inteligencia se aguza la sensibilidad, y a la inversa. Toda idea elevada induce a sentir con brío; todo sentimiento profundo hace pensar vigorosamente. Donde las ideas abundan, hay de todo; donde las ideas son escasas, hay algo; donde las ideas faltan del todo, lo cual ocurre por dicha muy pocas veces, la vacuidad campea. Las ideas son las imprescindibles vértebras constructiva del arte, de la ciencia, de todo lo que vive, de todo lo que avanza. Las ideas son la fuerza y la materia primordiales de toda función actuante y creadora. Tener ideas es disponer del germen primo; difundirlas, valiéndose del arte, significa desarrollar ese germen, abonar y depurar la Belleza, esclarecer la Verdad, amplificar el Bien, exaltar la Vida.

El Arte y la Idea se totalizan mutuamente, íntimamente. Tratar de seccionarlos es un disparate mayúsculo, equivalente a despojarlos de muchos de sus vitalismos.

J. M. BLÁZQUEZ DE PEDRO

Panamá.

El gran peligro

Argumentábamos en nuestro artículo anterior sobre el temor que los «intelectuales» exanarquizantes abrigan de que en España se extienda la revolución rusa. No sabemos si esto era un ardid electoral, con el objeto de que la clase capitalista les concediera sus votos para que ejercieran de pararrayos del furor revolucionario. Si así fué, se equivocaron.

Ya antes de las elecciones se demostraba el fracaso, como políticos, de las fuerzas de la izquierda. Ni estrechamente unidos; ni en fraternal abrazo elementos tan antitéticos hace poco tiempo como el lerrouxismo, el reformismo y el socialismo, pudieron reunir fuerzas para entablar combate. Basta recordar que hace diez o doce años el partido republicano llevó a las Cortes 40 diputados, y en las últimas elecciones apenas si ha presentado 140 candidatos! Las izquierdas, como fuerza política, no existen en España.

¿Es que la clase trabajadora, el proletariado, que tanta fuerza daba al partido republicano, ha padecido regresión?

Nada de eso. El proletariado que no era anarquista, aunque tampoco republicano, llegó a creer, ante las estridencias revolucionarias de sus caudillos, que tal vez alguno fuera de buena fe. Pero hoy, después del movimiento revolucionario del mes de agosto, en que ninguno ni uno sólo hizo honor a la palabra empeñada el día anterior, los trabajadores se llamaron a engaño y rompieron la eternidad de la mentira, dándose cuenta de que el camino de su emancipación completa y hasta de su mejoramiento parcial, era la unión con sus compañeros de trabajo, completamente desligados de los partidos políticos, por muy avanzados que se titulasen.

Para dar más fuerza a esta actitud, se han desarrollado los últimos acontecimientos de la revolución rusa, en que el pueblo, con sólo su esfuerzo ha adquirido la plenitud de su derecho, derrocando a la plutocracia y a la autocracia, aunque ésta había sido revestida con barniz socialista.

No sabemos cómo terminará el hermoso movimiento de liberación del pueblo ruso; pero aunque todos los poderes de la tierra se unieran para combatir lo que llaman el «gran peligro», siempre quedaría la enseñanza histórica de que un pueblo se redime cuando quiere redimirse y al proletariado de los demás países un alto ejemplo que imitar.

Hemos apuntado la posibilidad de que la tiranía se uniera para aniquilar a los revolucionarios rusos, y no es difícil que esto llegue, pero ¿podrían realizarlo? ¿Consentiríamos los revolucionarios de los demás países que esto ocurriera?

Difícil es prever el estado en que después de la guerra quedarían las diferentes clases sociales del mundo; pero por lo que afecta a los trabajadores, que son los que más han sufrido las consecuencias, tanto en los países beligerantes como en los neutrales, al darse cuenta de que, aun habiéndolos, los beneficios de la guerra no le han alcanzado, ha de decidirse, forzosamente, por la revolución social.

El ruidoso fracaso de los partidos políticos de la izquierda en las últimas elec-

